

Capítulo **11**

**GLOBALIZACIÓN,
FAMILIA E IDENTIDAD**

Capítulo 11

GLOBALIZACIÓN, FAMILIA E IDENTIDAD

René Solano Macias

Pontificia Universidad Javeriana

<https://orcid.org/0000-0001-5603-6684>

La familia y la identidad individual y social en la perspectiva del cambio

La familia es una organización fantástica desde la óptica de la riqueza y complejidad de sus procesos internos, los que competen a la constitución y a la configuración de identidad del grupo familiar y del sujeto. La proyección de estas configuraciones de identidad y de subjetividad¹⁸ de sus miembros son la base de la interacción en el campo social, aquello que nutre la historicidad de las comunidades y de su cultura. A pesar de ello no es fácil llegar a una única definición de lo que es ella, y para poder acercarse a una definición de la misma, se requiere utilizar diversidad de criterios que faciliten la observancia de sus notas y despliegues.

Algo concreto que se puede decir de la familia es que es siempre cambiante en sus diversos órdenes. A lo largo de su ciclo de vida, la familia, sin perder su identidad evoluciona en su cultura íntima, en su composición, en el nivel de especialización de sus roles internos, en sus formas de participar de otras instituciones sociales, etc. Pero en otra dimensión, la familia a lo largo del tiempo, en el plano de lo social y de la historia, también se transforma por efecto de los acomodos de las sociedades a sus nuevos presupuestos de vida. Así como

18 En este texto se hace una comprensión de la Subjetividad desde el marco histórico cultural de Gonzalez Rey, F. (2000, 2002, 2006). Este concepto se trabaja con mayor profundidad en el trabajo “Configuración y Constitución de la Subjetividad en Jóvenes Universitarios de la Ciudad De Cali” 2013.

cambia la sociedad, cambian las instituciones sociales como la familia, y ello genera nuevos sujetos con nuevas subjetividades e identidades.

A lo largo de este capítulo, se expondrán diversas miradas sobre la familia, las que señalarán diversos procesos que les corresponde en lo social, en lo económico, lo demográfico y lo cultural. Estos diferentes órdenes se citan con un énfasis particular de subrayar una función clave que cumple la familia al hacer un enlace entre el individuo y la cultura. Es un enlace, básicamente simbólico y ontológico, y es este el énfasis del texto: *cómo se construye, se configura, se reeditan los sentidos y significaciones subjetivos de lo que es el hombre en medio de estas intrincadas interacciones y procesos, en el curso de los cambios que sufre la estructura familiar*. En cada cambio, ajuste o adaptación que deben hacer los vínculos familiares, se modifica ese “constructo” subjetivo, no en el campo académico, sino en el campo de la vida cotidiana.

No deja de ser pertinente la pregunta por la dirección hacia dónde conducen esos cambios y adaptaciones que hacen los vínculos familiares a nivel de los sentidos ontológicos que se desarrollan, a sabiendas que las fuerzas generadoras del cambio, o fuerzas constituyentes, en gran medida son presiones de mercados y capitales que movilizan las tendencias globalizantes.

Cada cambio de las estructuras familiares supone la construcción simbólica de cultura y de referencias ontológicas, las que se proyectan luego en la historia y en las formas de vínculo social que generan mundos posibles; el poder lograr hacer estas reflexiones, abre oportunidades de consideración de hacia dónde se desplaza la sociedad y hacia dónde convendría avanzar, especialmente para conservar, promover o proteger un carácter humanizado de las miradas y de las políticas públicas para la familia y, en general, para pensar el desarrollo social.

Estos cambios de la sociedad y de la cultura, por ende de las familias y de los sujetos, no implican necesariamente mejorías, no puede decirse que vayamos de una instancia peor a una mejor, o de una más primitiva a una más evolucionada. (Levi-Strauss, 1976). Pero si podemos advertir algunos de los procesos que hacen presión sobre las estructuras de sentido para generar adaptaciones a las demandas políticas, económicas, sociales, psicológicas, históricas, y de los demás órdenes, en los roles familiares, en las relaciones de esa estructura con la identidad personal y con los procesos sociales, lo cual brinda bases para analizar posibles escenarios futuros ya sea con una mirada comprensiva o para la intervención social.

Otra forma en la que la familia se asocia al cambio es en el proceso de renovación de la cultura, que se da en el encuentro de lo ancestral y lo novedoso. Lo ancestral representado en cabeza de los cuidadores, usualmente, quienes actúan como agentes socializadores, que comunican valoraciones, procedimientos, perspectivas, conocimientos, etc., a las siguientes generaciones en el proceso de ir asumiendo y construyendo sus roles sociales al interior y al exterior de la misma; en el momento en el que las nuevas generaciones se nutren de lo ancestral, al tiempo lo reeditan actualizando los contenidos y las pautas a la manera del tiempo presente, de ese modo la cultura se actualiza a la vez que se perpetua Vergara 2001, p. 145).

Si bien este proceso de cambio y renovación cultural siempre ha tenido lugar, en las últimas décadas cobra especial valor, y permite formular la pregunta sobre la dirección de los cambios, sobre las tendencias en la conformación de la familia. Sobre esa base es posible pensar las tendencias de sentido que van ganando representación de lo humano, de lo vincular, de lo identitario en las subjetividades de la cultura contemporánea.

En esa línea, conviene poder identificar algunos rasgos específicos de los cambios y del estado reciente de las estructuras familiares en el territorio colombiano. Esta información logra visibilizar múltiples tendencias globales como piso para formular las preguntas, especialmente, sobre las implicaciones ontológicas de estos cambios.

Sobre la evolución de los tipos de familia en Colombia, entre 1993 y 2014

El Departamento Nacional de Planeación de la Presidencia de la República de Colombia, a través de su Observatorio de Familias, publicó en el año 2015 un informe en el que presenta las tendencias de cambio en los tipos de las familias dadas en Colombia, entre los años 1993 y 2014. Allí se presentan algunas de las tendencias de cambio que se presentan en las familias colombianas de acuerdo a tres tipologías de hogares.

En este documento se parte de una definición muy necesaria para conocer de los procesos de familia y generar estadísticas, y consiste en la diferenciación de lo que son hogares familiares y no familiares.

La definición del concepto de hogar termina siendo fundamental porque este visibiliza y arroja unos datos sólidos o trazables para estudiar cuantitativa-

mente los procesos de las familias, esto porque una condición de la definición de la familia, es que los lazos familiares no se condicionan a la cohabitación, de ese modo, la referencia visible y medible de la familia es el hogar, entendiendo a este como “la persona o grupo de personas, parientes o no, que ocupan la totalidad o parte de una vivienda; atienden necesidades básicas, con cargo a un presupuesto común y generalmente comparten las comidas” (Dane, 2007).

Para que el hogar se pueda considerar familiar, deberá cumplir con la condición de que exista en él, ya sea ligado a la jefatura o no, la existencia de un vínculo conyugal y/o de una relación filial (hijos hijas), siendo que todos o algunos de sus “miembros están relacionados entre si en un primer o segundo grado de consanguinidad, adopción o matrimonio, incluyendo allí las uniones consensuales cuando son estables.” (DNP, 2015. Pg. 9).

Un hogar se cataloga “no familiar” cuando es constituido por una o mas personas en la que no existe un nexo de parentesco inmediato entre sus miembros, y/o no existe un núcleo conyugal o núcleo familiar primario, entendiendo a este como el constituido únicamente por la pareja con o sin hijos, que cohabitan en el mismo hogar. (Pg. 10)

Según Arriagada (2001) se destacan como tipos de uniones maritales en América Latina y en El Caribe, principalmente, el matrimonio, que incorpora compromiso legal y coresidencia; las uniones consensuales, donde hay coresidencia, pero no una constitución legal; las uniones con visitas regulares, en las que hay relaciones sexuales pero sin que haya convivencia o compromiso legal, pero si, un nivel suficiente de estabilidad en el vínculo. Cualquiera de estos tipos de vínculo son contexto de la crianza.

Con relación a esa caracterización Ullmann, Maldonado y Rico (2014), proponen una forma de clasificar los hogares en tres tipos, clasificación que es utilizada por la CEPAL y por la DNP en Colombia, a continuación, se presentan estas tipologías y los cambios más evidentes dados en Colombia entre los años de 1993 y 2014, basados en los datos de las encuestas de calidad de vida:

1. Tipología de estructura familiar:

Al que se basa en las relaciones de parentesco entre sus miembros con el jefe de hogar, obteniéndose, de este modo, las siguientes categorías:

- **Hogares familiares**

- Nucleares: conformados por padre y/o madre con o sin hijos.
- Amplios: conformados por un hogar nuclear más otros parientes o no parientes. De estos hay dos subtipos: *Extensos*, que son hogares nucleares más otros parientes. Y *Compuestos*, que son hogares nucleares con o sin otros parientes, más otros no parientes.

- **Hogares no familiares**

- Unipersonales: conformados por una persona sola.
- No familiares sin núcleo: hogares donde no hay núcleo primario ni relación parentofilial, ni otras relaciones de parentesco.

En las estadísticas de hogares Colombianos, se encuentra que la familia nuclear aún sigue siendo la familia con mayor representación, con el 60,7% del total de los hogares, pero sí se nota un incremento significativo de los hogares no familiares, los que pasaron de ser el 5,8% en 1993, al 10,8% en 2003 y el 13,7% en el 2014, lo que señala que prácticamente se han duplicado, hecho este que se apoya en la observación de otras investigaciones sobre la familia en Colombia, que sugieren la aparición de nuevas formas y acomodos familiares, con relación a modificaciones del concepto de familia y de vinculación (Tabla 1).

Tabla 1*Distribución de hogares, según tipología de estructura familiar. 1993-2014.*

Tipología de Hogar	1993	2003	2014
Familiar nuclear	65,5%	60,4%	60,7%
Familiar Amplio	26,0%	25,6%	21,9%
Familiar sin núcleo	2,7%	3,2%	3,7%
No Familiar	5,8%	10,8%	13,7%
Total	100%	100%	100%

*Fuente DNP (2015) sobre datos de la ECV Dane (1993, 2003,2014).

De acuerdo al documento de la DNP (2015, p.11) no hay una diferencia significativa en este aspecto entre el ámbito rural o el urbano, pero si hay una diferencia en la conformación de hogares según el nivel de ingreso. Hay un aumento de hogares no familiares y una disminución de hogares amplios en la medida en que se tienen mayores ingresos.

Otra evidencia que resulta significativa, es el cambio estadístico que refiere a la pérdida de importancia del hogar nuclear biparental, respecto del aumento de los hogares nucleares monoparentales, aspecto que conduce a pensar el impacto significativo que cobra el divorcio y la separación de matrimonios y uniones, y el efecto posible de otros fenómenos como lo es el embarazo adolescente. Los hogares nucleares biparentales pasan de ser un 55,6% en 1993 a ser un 46,3%, en 2014, mientras que los hogares nucleares monoparentales pasan de 9,9% a 14,3% en los mismos períodos de tiempo.

Otro cambio significativo que se observa es cómo aumenta la importancia de los hogares no familiares, principalmente por el aumento de los hogares unipersonales, los que pasan de ser el 5,1% al 13,1%, en los mismos períodos de tiempo (Tabla 2).

Tabla 2:*Distribución de hogares, según tipología desagregada de estructura familiar 93-2004.*

Tipología de Hogar	1993	2003	2014
Familiar nuclear:			
Biparental	55,6%	47,1%	46,3%
Monoparental	9,9%	13,3%	14,3%
Familiar amplio:			
Biparental	17,1%	16,2%	13,1%
Monoparental	8,9%	9,4%	8,8%
Hogar familiar sin núcleo	2,7%	3,2%	3,7%
No familiar:			
Hogares unipersonales	5,1%	10,2%	13,1%
Hogares sin núcleo	0,7%	0,7%	0,7%
Total	100%	100%	100%

*Fuente DNP (2015) sobre datos de la ECV Dane (1993, 2003,2014).

La tendencia al cambio en el aumento de los hogares monoparentales no es igual en la zona rural que en la zona urbana. En la zona rural tienden a ser más importantes los hogares biparentales nucleares y amplios, mientras que en la zona urbana donde aumentan los hogares unipersonales y los hogares no familiares sin núcleo aumentan significativamente en la medida en la que se aumenta el ingreso. Este hecho es poderosamente llamativo y hace pensar en los modelos vinculares y relacionales tanto de las personas que se incorporan o participan de una manera más profunda en las mecánicas laborales y de mercado, respecto de sus expectativas y competencias de conformación de un vínculo duradero, la conyugalidad y el asumir la parentalidad.

El hecho social de la emergencia de la monoparentalidad también es un dato que genera preguntas en la misma dirección sobre la representación del vínculo estable y la conformación de familia; en el 2014, los hogares monoparentales llegan a ser casi una cuarta parte del total de los hogares, y un 28% de los hogares familiares eran de esta categoría (Tabla 3).

Tabla 3*Porcentaje de hogares monoparentales, según tipología de estructura familiar 1993-2014*

Tipología de Hogar	1993	2003	2014
Familiar			
Nuclear	15,1%	22,0%	23,6%
Amplio	34,3%	36,7%	40,3%
Total	20,6%	26,4%	28%

*Fuente DNP (2015) sobre datos de la ECV Dane (1993, 2003,2014).

Respecto del surgimiento de los hogares homoparentales, en la encuesta de Calidad de Vida 2014 del Dane, se registra que el 0,12% del total de hogares estaba conformado por parejas del mismo sexo.

Otro cambio visible es una tendencia sostenida en la cantidad de hogares sin hijos, pasando de un 9%, en 1993 a un 14%, en 2014, siendo más importante este tipo de hogar en el sector rural más que en el urbano, a pesar de que la fecundidad tiende a ser mayor en el campo que en la ciudad. Este hecho se relaciona con la migración de los hijos hacia la ciudad. En las ciudades se observa también un fenómeno en relación a este hecho de los hogares sin hijos y es la mayor importancia de estos hogares en aquellos donde los ingresos son mayores.

También es un hecho notable el aumento significativo de la jefatura de hogar femenina, pasando de un 23% a un 35%, en 2014. Esta jefatura se representa poco estadísticamente en los hogares biparentales (11,1% en 2014), mientras que en los hogares monoparentales se eleva esa cifra significativamente (84,6% en el mismo período), esto en los hogares nucleares. Aún a pesar de este hecho, en los hogares biparentales la jefatura femenina se triplica, teniendo en cuenta la cifra con lo que se representaban en 1993 (3,7%). Este incremento también tiene una relación directa con el mayor nivel de preparación académica y la mayor participación en puestos de decisión de las mujeres en el mercado laboral respecto del pasado.

Estos elementos tienen varias implicaciones, la mayoría de ellas como signos que señalan cambios en las costumbres culturales, en las representaciones de la feminidad y de la masculinidad en el ejercicio del poder en el espacio de lo íntimo; pero además señala la generación de otros retos, pues la jefatura femenina de un hogar tiene correlaciones con condiciones de separación, divorcio

y viudez (hogares monoparentales), lo que en muchos de los casos somete a mayores vulneraciones, fragilidades de sus miembros y una mayor probabilidad de pobreza.

2. Tipología generacional: basada en el concepto de cohabitación de los miembros de acuerdo a tres generaciones: niños (menores de 15 años), Generación intermedia (15 a 59 años), y adultos mayores (60 o más años). En este criterio se aplica la referencia a la mayor o menor capacidad de participar en el mercado laboral de sus miembros, de es modo se clasifican 6 subtipos de hogares (DNP (2015, Pg. 22), a saber:

- **Hogares Generacionales:** de lo que resultan como categorías: Solo de Adultos Mayores, y Solo Generación Intermedia.
- **Hogares sin niños:** constituidos de generación intermedia y adultos mayores.
- **Hogares sin generación intermedia:** conformados por adultos mayores y niños.
- **Hogares sin adultos mayores:** conformados por generación intermedia y niños.
- **Hogares multigeneracionales:** conformados por las tres generaciones.

Las tendencias estadísticas que se observan desde esta caracterización, son el descenso en el número de hogares sin adultos mayores. Esta categoría es la que ha representado, tradicionalmente, la mayoría de los hogares, pero hay fenómenos como el envejecimiento de la población y la disminución en la tasa de natalidad, que logran que hoy cambie esa condición. Los hogares sin adultos mayores pasaron de 59%, en 1993 a 44% en 2014.

Viene aumentando de importancia la cantidad de hogares solo en generación intermedia, es decir, sin niños ni adultos mayores, pasando de 16% en 1993 a 26% en 2014. Así mismo, han disminuido los hogares multigeneracionales y han aumentado los hogares de solo adultos mayores, los que se duplican, pasando de 4% a 8%. También aumentan los hogares sin hijos (Tabla 4).

Tabla 4:
Distribución de hogares, según tipología generacional. 1993-2014.

Tipología de Hogar	1993	2003	2014
Hogar Multigeneracional	11,0%	10,4%	8,3%
Hogar sin generación intermedia	0,5%	0,7%	0,5%
Hogar sin adultos mayores	58,7%	52,7%	44,6%
Hogar sin niños	9,3%	9,5%	11,6%
Hogar generacional:			
Solo adultos mayores	4,0%	5,8%	8,4%
Solo generación intermedia	16,5%	20,8%	26,5%
Total	100%	100%	100%

*Fuente DNP (2015) sobre datos de la ECV Dane (1993, 2003, 2014).

La relación de algunos de estos tipos de hogares con el mayor nivel de ingresos es mucho más relevante, por ejemplo, el 44% de los hogares de ingresos altos, son de hogares de solo generación intermedia. Mientras que el 54% de los hogares de bajo nivel de ingresos son hogares sin adultos mayores.

3. Tipología de ciclo de vida: esta tipología aplica solo para los hogares familiares con un núcleo primario, y se basada en la relación de dependencia. Se clasifican los hogares en seis categorías:

- **Pareja joven sin hijos:** donde la mujer tiene hasta 40 años.
- **Etapa inicial:** hogares con niños menores de 6 años.
- **Etapa de expansión:** hogares cuyo hijo mayor tiene entre 6 y 12 años.
- **Etapa de consolidación:** son hogares con alguno de sus hijos entre los 13 y 18 años, incluso si puedan tener hijos mayores o menores de ese rango de edad.
- **Etapa de salida:** hogares con hijos de 19 o más años.
- **Pareja mayor sin hijos:** donde la mujer tiene más de 40 años.

En 2014, un tercio de los hogares se encontraba en la fase de nido vacío, correspondiente a las etapas de salida y de pareja mayor sin hijos. Por otra parte, otro 30% estaba en las fases de consolidación, para un 62% de los hogares familiares, que se encontraban en las últimas dos fases del ciclo de vida de la familia, en Colombia. Estos datos contrastan con los que se tenían en 1993 y en años anteriores a ese cuando los hogares se encontraban en etapas más iniciales del ciclo en su mayoría.

Otro dato interesante es cómo se marca una creciente importancia en los hogares de parejas jóvenes sin hijos, dato que coincide con las tendencias de disminución de cantidad de hijos en los hogares y retraso en la iniciación de la parentalidad. (Tabla 5). De acuerdo al incremento en el ingreso, este tipo de hogar tiende a aumentar de frecuencia, aspecto que se relaciona especialmente con el aumento del tiempo transcurrido entre la conformación de la pareja y la llegada del primer hijo.

Tabla 5

Distribución de los hogares nucleares según tipología de ciclo de vida. 1993-2014

Tipología de Hogar	1993	2003	2014
Pareja joven sin hijos	4,2%	4,0%	4,7%
Etapas inicial	17,9%	14,9%	12,7%
Etapas de expansión	24,0%	26,6%	21,0%
Etapas de consolidación	36,5%	33,1%	32,5%
Etapas de salida	12,6%	14,6%	18,7%
Pareja mayor sin hijos	4,7%	6,6%	10,4 %
Total	100%	100%	100%

*Fuente DNP (2015) sobre datos de la ECV Dane (1993, 2003,2014).

Llama la atención que al menos el 51,2% de los hogares, de las etapas de consolidación y salida, cuentan con la presencia de jóvenes y adolescentes entre sus miembros. Hay que notar que cada una de estas etapas genera claras implicaciones para lo que son los patrones de consumo, de participación en procesos culturales como la educación de los hijos, el ingreso a la educación superior o el ingreso al mercado laboral de las nuevas generaciones.

Desde este dato podría mencionarse que, al menos la mitad de los hogares pueden contar con tareas avanzadas de crianza, y estar en la resolución de asuntos como la demarcación de los límites y la orientación a la vinculación con actividades culturales de progreso y desarrollo personal y social de sus miembros. Estas fases implican una apertura a la renovación de las pautas culturales ancestrales y la penetración en la cultura de las tendencias simbólicas más contemporáneas, lo que constituye retos y oportunidades para el país, e incluso oportunidades y riesgos para hogares, sujetos y sociedad, lo que supondría que las políticas públicas sobre adolescentes, jóvenes y familia, pudieran leer y responder con asertividad.

Otro hecho que llama la atención es el aumento en la tasa de jefatura femenina a lo largo que se avanza en el ciclo de vida de la familia. Si bien hay una tendencia a que al hombre se le asigne la jefatura de hogar mientras hace parte de la familia, se observa que en la medida en que la familia atraviesa divorcio, viudez o separaciones, aumenta el encargo femenino. En los hogares de pareja joven sin hijos, el aumento en esta jefatura se puede considerar más ligado a los cambios en la representación del valor y lugar de la mujer, también ligado a la participación de la misma en las actividades laborales (Tabla 6).

Tabla 6
Porcentaje de hogares con jefatura femenina, según tipología de ciclo de vida. 1993-2014.

Tipología de Hogar	1993	2003	2014
Pareja joven sin hijos	7,2%	5,9%	10,8%
Etapa inicial	7,1%	12,8%	19,9%
Etapa de expansión	11,5%	18,1%	27,1%
Etapa de consolidación	19,2%	26,1%	31,8%
Etapa de salida	36,7%	40,2%	43,7%
Pareja mayor sin hijos	5,9%	5,0%	11,8%
Total	16,3%	21,8%	28,5%

*Fuente DNP (2015) sobre datos de la ECV Dane (1993, 2003,2014).

En síntesis, sobre los cambios de las estructuras familiares en Colombia en las últimas décadas, se hallan datos muy relevantes tales como la actual persisten-

cia de la familia nuclear, conformada por padre, madre e hijos en más del 60% de los hogares. Sin embargo, no es una estructura que pase indemne de muchas tendencias de cambio, lo que señala la existencia de un proceso de transformación de las concepciones y representaciones corrientes sobre los roles y participaciones en la vida doméstica tanto del hombre como de la mujer, del arreglo sobre lo doméstico, la tenencia de hijos y la edad para la llegada de los mismos. Todo esto apunta a la existencia de un cambio cultural que también puede suponer la reedición del sentido de los vínculos íntimos y de las subjetividades individuales y sociales, no solo respecto de la familia o la parentalidad, sino también sobre la manera en la que se plantea un proyecto de vida, y le da sentido a sus prácticas vinculares, aspectos profundamente ontológicos.

Se observa un aumento en la diversificación de las estructuras familiares. Cosas como la visibilización de la pareja conformada por personas del mismo sexo, que a pesar de la promoción de la homosexualidad que se vive en los últimos años, como consecuencia de un ejercicio de reconocimiento de derechos que se torna *promocional* y casi que inductor de este estilo de vida; no se observa aún con una relevancia estadística mayor (solo el 0,12% de los hogares se reconoce en esta categoría).

Sí es muy relevante y significativo el aumento en la jefatura femenina, asunto que aún deja muchos interrogantes por resolver, dado que es un hecho que puede entenderse desde la superación y ganancia de espacio de la mujer, a fuerza de sus luchas por ganar terreno en el mercado laboral, en el mayor nivel de estudios y en la persistencia en torno a conservar la cercanía y la administración de los lazos afectivos en el hogar; pero que cuestiona, hasta qué punto puede entenderse también por el retrainamiento o el retiro a actividades más individuales o menos vinculares del varón. ¿Ha dejado el hombre de representarse desde los valores patriarcales? O de que otro modo, se puede entender la progresiva toma de gobierno en el hogar de la mujer en la medida en la que avanza el ciclo de vida de la familia, sumado, ello, a otros datos como el aumento de los hogares familiares monoparentales femeninos, relacionado ello también a mayor frecuencia de fenómenos de divorcio, separación y viudez.

También habría que clarificar que lo que se sospecha como una complicación o una mayor dificultad para el establecimiento de lazos o vínculos de larga duración, no se trata solo de una mayor renuencia de los varones para ejercer un rol de compromiso. Pues es claro que tanto el rol masculino como el femenino, así como las concepciones tradicionales de vinculación también generan procesos de cambio; otro ejemplo que confirma este hecho, es el aumento de

los hogares unipersonales y de los hogares no familiares, como otros modos de resolver los requerimientos de una cohabitación.

Esto que se comenta como cambios en la representación de los vínculos íntimos en el hogar, se considera fundamental, en la medida en la que se comprende el poder de estos vínculos para conformar un contexto que da forma y sentido a la identidad personal y desde allí al vínculo social.

No se puede dejar de notar la tendencia hacia el envejecimiento, hacia el progreso en el ciclo vital que tienen las familias en el país, aún a pesar de que se puede entender que al menos la mitad de los hogares familiares en el país cuentan con la presencia de jóvenes o adolescentes, esto como efectos de una alza en la tasa de la natalidad que se observó hace unos años, pero que hoy va mostrando un aumento en la representatividad de los hogares en las últimas fases del ciclo de vida de la familia. Este fenómeno es trascendental en la medida en la que se articula a cambios en el comportamiento de personas y hogares en sus capacidades para participar del mercado laboral, de las dinámicas de consumo y de sus intereses en la participación de las actividades culturales que impulsen progreso técnico, científico y económico al país.

El mayor nivel de ingresos de los hogares parece tener una implicación en la formación de sus vínculos. Por un lado, los hogares familiares de mayores ingresos se representan aún más en las últimas fases del ciclo de vida de la familia, y a la vez cuentan con el mayor número de hogares no familiares y de hogares unipersonales. Estos elementos generan preguntas sobre las formas en la que en estos estratos se está representando el sentido de los vínculos familiares y de larga duración que conforma a las familias; también genera la pregunta sobre la cultura vincular que promueve la mayor participación de las personas en las dinámicas de mercado, pues no parece que se promoviera desde allí, la vinculación familiar o duradera, más bien lo contrario.

Respecto de la ubicación de los hogares, también se encuentran elementos que sugieren tendencias, por ejemplo, se observa una mayor cantidad de hogares sin hijos en los de la zona rural, asunto que señala en dirección al proceso migratorio de las generaciones más jóvenes, hacia la ciudad. En cuanto a los hogares urbanos se observan tendencias claras como la disminución en número de hijos, la postergación de la llegada de hijos, mayor tendencia a la monoparentalidad, entre otros aspectos que también plantean la existencia de una reconfiguración de los sentidos de la vinculación familiar o la perdurabilidad del vínculo, aspecto que se considera importante a la hora de construir

estabilidad emocional como contexto de la crianza y de la vida cotidiana de las personas en el espacio de lo íntimo.

Por último, es claro que las concepciones y roles familiares se transforman, generando nuevas concepciones ontológicas y nuevos arreglos domésticos, es decir, nuevos requerimientos para las familias. De este modo es clave la necesidad de generar políticas públicas que tengan en cuenta estos cambios y que atiendan las necesidades del desarrollo y de la salud de los hogares. Políticas que reconozcan una parentalidad tardía, las dinámicas de los hogares no familiares y unipersonales, la jefatura de hogar femenina y monoparentalidad, la tendencia al envejecimiento de la base productiva de la sociedad, particularmente, pues son los hechos que se observan más relevantes estadísticamente.

La familia como contexto subjetivante

Los sociólogos Peter Berger & Thomas Luckmann, en su reconocido libro *La Construcción Social de la Realidad* (2003, p.162) presentan a la familia como la estructura social encargada de realizar las funciones de la socialización primaria. Desde su enfoque, *la sociología del conocimiento*, en el marco de la vida cotidiana, el nuevo miembro de la sociedad no solo aprende conceptos, gestos, lenguajes, sino que adquiere un ser en si mismo. A través de los procesos de identificación, de internalización y externalización en la relación con sus cuidadores primarios, es que el niño va adquirir los conocimientos, los roles que le hacen parte de la sociedad.

En este proceso de irse constituyendo miembro de la sociedad, intervienen diversos órdenes de realidad: los procesos simbólicos personales, que se sustentan en las competencias y estructuras biológicas, pero además de ello una imbricada estructura relacional y social, que pone a disposición del infante toda una estructura que le permitirá la instauración de relaciones “vis a vis”, cara a cara o relaciones íntimas donde prevalece el signo y la construcción de sentido. Para lograr esa competencia de significación el elemento fundamental que se requiere es el grado superior de emoción que sienten el uno por el otro, para que esa relación sea altamente significativa y sea capaz de generar ese aprendizaje y esa identificación que le llevará al menor a subjetivarse en imagen de su cuidador primario. El afecto, el vínculo, el lenguaje se tornan los medios eficaces para la subjetivación de la persona, en el contexto del vínculo y de la relación cotidiana.

La relación interpersonal, el afecto que hace significativo el vínculo y el contacto, son los elementos clave, que introducen una serie de cualidades: desde las cualidades del cuidador y de la relación, a las cualidades que van subjetivando a la persona del niño.

En este sentido, es interesante la obra de Borys Cirulnik (2004), quien parte del marco de la etología y la etología humana para destacar el concepto del apego, como una condición fundamental para el aprendizaje. El aspecto emocional y vincular de la relación del cuidador con el bebé, termina aportando los insumos fundamentales para que se dé su desarrollo y su ingreso a su comunidad o sociedad. Luego estas cualidades se tornan en una competencia, en una fuerza o en su carencia, que constituirá su competencia para la resiliencia, es decir, para afrontar, resistir y recuperarse de las tensiones ordinarias de la vida o los eventos catastróficos que suceden en ella.

Las cualidades de esta relación, sus modulaciones afectivas hacen parte de la realidad que constituye la subjetividad, la mismidad del menor, y desde ahí, se delinear los caracteres de su subjetividad individual y de las herramientas vinculares y de otro orden, con los que se desempeñará en las actividades culturales, las mismas, con las que posteriormente va a construir como sentido y proyecto de vida.

En esa misma línea se pueden destacar los trabajos del distinguido antropólogo Gregory Bateson (1972, 1994), quien hace sus estudios sobre la comunicación humana, en compañía de otros compañeros suyos en el mítico del MRI instituto de Palo Alto en California, Paul Watzlawick, Jackson y Hall. En estos estudios sobre la comunicación humana, principalmente Watzlawick (1991) señalan cómo, entre los elementos de la comunicación, tienen mucho poder de comunicación y de significación los componentes paraverbales que constituyen un código útil para la decodificación de sentidos y significaciones que se transmiten los que se comunican.

La comunicación, desde esta perspectiva, es más que todo una interpretación del otro, a partir de elementos que el interlocutor brinda, y de procesos no conscientes, propios de la mecánica de la percepción y de comunicación. Todo esto para mencionar cómo en los procesos de comunicación se configuran realidades a partir de las interpretaciones y de las “claves de sentido” o elementos de la comunicación, que se brindan para orientar las interpretaciones que el interlocutor hace de lo que se le quiere transmitir. Todo este proceso se cristaliza en unos niveles de aprendizaje, que soportan las construcciones de

sentido sobre si mismo y sobre el otro, sobre la relación y sobre el orden de las cosas.

En este contexto de las comunicaciones y de las interacciones, se van conformando contextos simbólicos que median la experiencia de las personas en sus interacciones, pero también median la experiencia de realidad de la persona con la vida.

Estos elementos de comunicación, denominados códigos se convierten, entonces, en un modal que generan tendencias o que pueden resignificar o reestructurar realidades a través de las significaciones que de ellas se generan en las interacciones humanas (Bateson, 1994).

Este es el marco en el que se considera importante analizar el presente trabajo: los cambios de estilo de vida, los cambios de significado y de patrones de interacción que la familia debe regir para atender *cómo* las tendencias globales de cambio, cómo los nuevos acomodados, incluso, cómo las nuevas modas y tendencias promovidas por el sistema, generan cierto tipo de vínculos y de ahí un tipo de subjetividades.

No se puede obviar que la familia es una institución social, y que parte de sus funciones es moldear a los sujetos de acuerdo a los ideales de cultura. Pero habrá que reconocer el valor ontológico de esos cambios en mención, es decir, se trata de nuevas configuraciones de seres humano, las que se van construyendo a partir de las novedades, mucho más allá de simples concepciones sobre vida, roles de hombre y mujer, sentido y valor del vínculo sexoafectivo y de la sociedad conyugal, entre otros muchos aspectos.

Es interesante a esta altura considerar los trabajos de Sennett (2006) cuando va describiendo, especialmente, los efectos de las rutinas y procesos que el capitalismo propone para las relaciones en el trabajo y en lo doméstico, donde lo que se subraya es la nueva configuración que se requiere y que se va conformando, de sujetos que habitan en barrios, ciudades y vidas fantasma, en las que los compromisos axiomáticos o los valores constituyen una franca desventaja para la carrera tras el capital, y el ideal de Ser se conforma en un sujeto proteo, liviano, superficial, devoto del capital, y peregrino tras de este, a costa de su historicidad y de la valoración de sus vínculos duraderos, por ende de su identidad y de su estabilidad emocional y sentido de vida.

La configuración subjetiva excesivamente autocentrada de estos seres del capitalismo flexible, con poco valor por aquellos bienes de larga duración, entre los que se encuentra su relación con la comunidad y la familia, el tejido de

un lazo social perdurable hace que su mayor valor y su habilidad sea el de las tareas de consumo.

Preocupa hondamente que Colombia vaya cumpliendo todas las agendas sobre estas transiciones demográficas y ontológicas, para seguir sembrando, en las nuevas generaciones, la sobreponderación de lo individual, el desdén con lo público y con la constitución de lazos históricos, que faciliten a los sujetos factores de identidad más allá de sus modas o tendencias de consumo. Ya hay alarmantes signos de fragilidad del vínculo social en esta Nación, elementos tales como la corrupción, el desprestigio de la tradición política, la carencia de verdaderas figuras de liderazgo que empoderen a la población en la valoración del factor humano y desde allí la gesta de mejores políticas públicas y órganos de participación social.

El retorno a lo primario de otorgar valoración a los vínculos familiares, puede ser una oportunidad de éxito para Colombia, más en el momento en el que se encuentra frente al asumir el reto de la instauración de los acuerdos de paz y la construcción de una verdadera base de inserción pacífica, productiva y sostenible de los excombatientes en las comunidades. Es en el espacio de la familia donde se logra un mayor poder de formar y consolidar las competencias para la resolución pacífica de conflictos, para el diálogo y para la valoración del otro como factor de humanización del sí mismo.

Conviene que Colombia pueda volver su mirada a la Familia como un factor de esperanza para su momento social, en la medida en la que en esta se conforman las habilidades comunicativas, las competencias para otorgar sentido y significación a los actos y a las relaciones, y desde allí, es que se puede promover factores de resiliencia para las comunidades: a través de los miembros de la familia, solo si ellos logran construir la competencia para establecer vínculos humanizados y con capacidad de aprender a construir el respeto, la valoración, la admiración por el otro.

Impulsar en las familias las competencias de resolución de conflicto, de integración social, de desarrollo y productividad, de valoración y cuidado de lo humano, es aportar a las comunidades sujetos con capacidad de establecer vínculos más integrales y humanizados que promuevan la paz, la justicia, la reintegración. Para ello habría que ser preciso, la construcción de políticas públicas y recursos que ofrezcan apoyo a las condiciones de vida y a las condiciones en las que se formulan tanto los vínculos familiares como las interacciones entre sus miembros.

Bibliografía

- Solano Macías, R. (2013). *Configuración y Constitución de la Subjetividad En Jóvenes Universitarios de la ciudad de Cali*. Universidad de Manizales y Cinde. Descargado de: http://ridum.umanizales.edu.co:8080/xmlui/bitstream/handle/6789/1177/Solano_Macias_Rene_2010.pdf?sequence=1
- Levi-Strauss, C. (1976). La Familia. En: *Polémicas sobre el origen y la universalidad de la familia*. Barcelona. Cuadernos Anagrama.
- Vergara, J. (2001). Teorías Conservadoras y Teorías Críticas de las instituciones Sociales. *Revista de Ciencias Sociales (Cl)*, Numero 011. Universidad Arturo Prat. Chile.
- DANE, (2007). Cartilla de conceptos básicos e indicadores demográficos.
- Departamento Nacional de Planeación (2015). Tipologías de Familias en Colombia: Evolución 1993 – 2014. Documento de Trabajo No. 2016-1. En: Observatorio de Políticas de Las Familias – OPF. Presidencia de la Republica de Colombia.
- Arriagada, I. (2001). Familias Latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo. Naciones Unidas – Cepal. Chile
- Ullmann, Maldonado & Rico. (2014). La evolución de las estructuras familiares en América Latina, 1990-2010. Unicef – Cepal. Edt. Naciones Unidas. Chile.
- Berger & Luckman. (2003). La construcción social de la realidad, Amorrortu, Buenos Aires.
- Cirulnik, B. (2004). Del Gesto a la Palabra: Etología de la Comunicación en los Seres Vivos. Buenos Aires, Gedisa.

- Bateson, G. (1972). Pasos hacia una ecología de la mente. Argentina. Ed. Lohlé-Lumen.
- Bateson, G., Ruesch, J. (1994). La nueva comunicación. Barcelona, Editorial Kayrós.
- Watzlawick, P. (1991). Teoría de la comunicación Humana. Barcelona, Editorial Herder.
- Sennett, R. (2006). La Corrosión del Carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Madrid, Anagrama.